



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 1 DE JULIO DE 2018

Olga de León / Carlos Alejandro

La felicidad, una moneda al aire

ANDRES VIEJOS
OLGA DE LEÓN

Los tiempos se repiten, las acciones ninguna novedad dejan ver. La esperanza queda para después, cuando el sol decline y nada se interponga entre la verdad y la historia. El cuerno de la abundancia- tras cientos de años- no ha sido totalmente saqueado. Y muchas de sus riquezas pueden recuperarse, si la voluntad y la unión de los connacionales lo permiten: ¿ilusión, fantasía o esperanza?

Nada saldrá de este tintero que trate lo que más quisiera en este momento. Pero, a través de un mini-cuento, una fábula y una prosa poética, intentaré dejar constancia de principios que todos hemos (o deberíamos haber) aprendido desde la infancia para practicarlos a lo largo de nuestra vida. Por eso, es necesario que vayamos a ejercer nuestro derecho y a cumplir con una obligación ciudadana, con mucho ánimo, reflexión, sensatez y sobre todo con el corazón en la mano para pensar en el bien común, en el bien del otro, porque así estaremos abonando a nuestro propio bienestar, segura estoy de ello. Hagamos historia como nación de raíces y cultura propia.

UNA GUERRA SUCIA
OLGA DE LEÓN

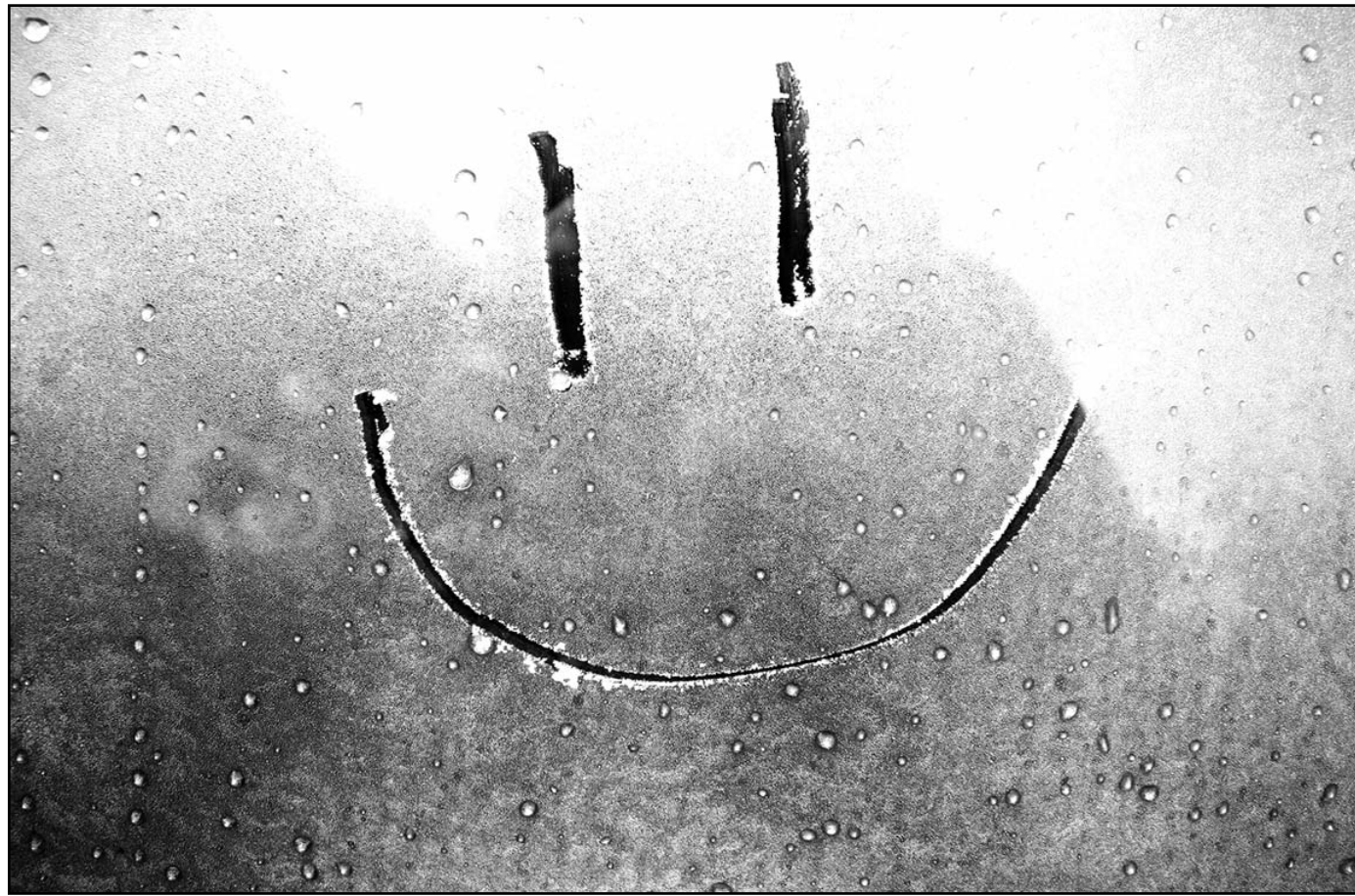
La niña jugaba solita con sus muñecas a la enfermera de la guerra, y con sus trastecitos. El niño con sus soldaditos, aviones y armas. Era la mitad del siglo XX. Los héroes, nuestros vecinos, salvaron al mundo europeo, y también a América: eso nos dijeron. Luego crearon su derecho a intervenir en otros países, para salvarnos de nuestras propias desviaciones, así inventaron la Declaración Monroe (América para los americanos), a la que el primer Roosevelt añadiría además, un Corolario. ¿Por qué los niños juegan los mismos juegos que los mayores? Juguemos limpio, no enseñemos artimañas y juegos sucios a los niños.

EL ELEFANTITO Y LA FELICIDAD
OLGA DE LEÓN

Recorrió el mundo buscando la felicidad. Un día, al regresar de su recorrido, se encuentra a la hormiguita y le pregunta: ¿en dónde está la felicidad? Ella se arrancó sus antenitas y dijo: toma, hablarás lo que buscas. Pero deberás saber que nada es eterno. E inmediatamente, la hormiguita murió. El elefantito con las antenitas en la trompa dio un primer paso y, sin darse cuenta, aplastó y enterró allí mismo a su amiguita. Pronto se olvidó de ella.

Al cabo de otra vuelta al mundo, el elefantito cansado de viajar en busca de la felicidad, se sentó a la orilla de un hormiguero y pensó: seguro estoy de que la tuve encima o muy cerca, en más de una ocasión, pero no supe reconocerla. Solo mi fiel amiga la conoció plenamente al desprenderse de sus antenitas para que yo la encontrara, sabiendo que tal acto le costaría la vida. Entonces, el elefantito concluye su reflexión: ¿qué puede hacer más feliz a cualquiera que morir por una buena causa?

En ese instante, aparecieron millones de hormiguitas. Treparon encima de él, lo cubrieron de patas a testa y el



elefante ni se inmutó: al fin estaba entendiendo: la felicidad no es eterna; el egoísmo, tampoco. Al cabo de unos minutos, fue enterrado justo en donde años atrás había muerto su noble amiga.

¡APRENDAMOS A CONVIVIR!
OLGA DE LEÓN

Quisiera sorprenderme por la mañana dándote un beso en la mejilla, tras el que tú me has dado en la frente; como quienes han dormido en paz y tranquilamente, tras jurarse amor eterno, aunque para después del desayuno ya estemos discutiendo por cualquier cosa, por lo menos o lo más, qué importa. Tú eres el dueño de mis sueños y yo la guardiana de los tuyos. Que nadie te injurie, que nadie venga en tí sus miserias y poca humanidad.

Eres tan libre que a ratos me asustas. Pero, luego, comprendo que no eres diferente de mí. Amo la libertad y la verdad tanto como la justicia y por encima de casi todo. Quizás sea solo el amor el emperador de mi vida. A ratos más que rey es ese tirano que me impela a desear estar siempre contigo y mirar el mundo como tú lo miras, solo para confirmar que son en realidad mis ojos los que te guían y los tuyos los que me llevan a actuar más allá de todo sofisma y sin acato a lo políticamente correcto, que es la honestidad y no la hipocresía lo que me enamora de tí, pesar de los golpes que la vida te da por ser terriblemente honrado y honesto.

Si cada ser humano pudiera amar al otro, ser buen vecino, ayudar al desprotegido, regalar una cobija al que tiene frío y mirar de igual a igual al mendigo como al millonario, el mundo sería también otro. Y, a pesar de lo que las religiones enseñan, con los golpes de pecho en las iglesias o los apretones de manos tras el sermón del párroco, seguimos viendo con ojos diferentes a los que no se nos parecen. El cambio comienza con cada uno, venimos escuchando por años, sexenio tras sexenio; y lo divulgan los que

todo lo tienen; pero, ¡si son ellos los que más tendrían que cambiar! Bien dice el dicho, que la liebre no se ve la cola, tampoco muchos hombres y mujeres que se sienten aristócratas no ven la paja en sus ojos y si vigas en los del otro.

Aprendamos a convivir. Con equidad, justicia y libertad compartida dentro del derecho, no de las leyes locales o empresariales, sino las de la Constitución, que tanto han querido cambiarnos. Porque si no aprendemos esto pronto, ningún cambio será suficiente, y desde fuera, solo esperan los lobos que perdamos la cordura, para entrar a salvarnos de nosotros mismos: ¡eso queréis!

UN VIAJE A EUROPA
CARLOS ALEJANDRO

Pedro soñaba con dejar Argentina para vivir en Europa, para viajar por aquellas tierras. Por eso rociaba el patio de su casa con un poco de licor, como ofrenda y petición para Dios, para que le ayudara a cumplir su sueño. Vestía todo de blanco; su cabello, barba y bigote, también eran blancos, a sus setenta años. Su hija lo acompañaba en la ceremonia y en el recorrido que hacía por el supermercado para comprar lo necesario para el ritual.

estado en Madrid durante tres días: era lo que conocía de Europa; más lo que antes pudo aprender a través del cine francés y español, y de la literatura de aquellas naciones. Había tenido la fortuna de vivir en la capital de su país la mayor parte de su vida. Era un privilegiado hombre de clase media, pero al que no le habían tocado los vuelos baratos de avión que ahora podían conseguirse por todo el mundo. Cuando les platicaba a sus amigos de su sueño y de la ceremonia que realizaba para conseguirlo, ellos reían -con gozo- porque lo creían capaz de conseguirlo.

A veces combinaba licores. Preparaba auténticos cócteles inventados durante la ley seca del siglo pasado en los Estados Unidos, y alguno que otro que ahora se

ponía de moda. Del Mint Julep al Cosmopolitan y a la Caipiriña León. Luego de cada ritual, Pedro se colocaba una cachucha roja como amuleto de la suerte, le tomaba una fotografía al pedazo de tierra humedecido y la compartía en Facebook.

Hasta que un día recibió la noticia por correo electrónico. La hija de un par de amigos que hacía años había dejado Buenos Aires por Suiza, vendría de visita a su tierra natal. Pedro se levantó sobresaltado con una idea fija: Prestarle su casa a cambio de él instalarse las tres semanas que duraría la estancia de ella, en el departamento que la chica tenía cerca de los Alpes.

Cuando María Luisa se enteró de la propuesta, se levantó de su propio asiento como un regalo del destino: tres semanas en Buenos Aires, en una casa grande, ahorrando el costo del hospedaje.

Pedro recibió la noticia con tanto júbilo que roció la tierra con una botella completa de brandy. Ya solo le quedaría el problema de extender su visita a Europa un poco más. Pero el asunto se resolvió rápido, porque ya en Buenos Aires, María Luisa se reencontró con una amiga que le ofreció una estancia para su año sabático. Solo tuvo que realizar un viaje relámpago de regreso a Suiza para arreglar los papeles en su propia universidad, y entonces volvió a Argentina, dejando que Pedro conociera Europa durante el resto del año.

Allá, Pedro continuó dando de beber licor a la madre tierra, y recibió la visita de su hija durante su mes de vacaciones. Aquel sueño cumplido llegó como bala certera en las manecillas del reloj, deteniendo el tiempo, como en un estado de felicidad que uno quisiera que nunca fuera a terminar. Y, efectivamente, la historia de Pedro no terminaría allá, en Europa, ni aquí, en la Argentina.



José Emilio Pacheco

(Ciudad de México, 30 de junio de 1939 - lb., 26 de enero de 2014) fue un escritor mexicano famoso principalmente por su poesía, aunque cultivó con éxito también la crónica, la novela, el cuento, el ensayo y la traducción. Se le considera integrante de la llamada generación de los cincuenta o de medio siglo.

Comparte la perspectiva cosmopolita que caracteriza a los literatos de esa generación, y los temas que aborda en sus textos van desde la historia y el tiempo cíclico, los universos de la infancia y de lo fantástico, hasta la ciudad y la muerte. La escritura de Pacheco se distingue por un constante cuestionamiento sobre la vida en el mundo moderno, sobre la literatura y su propia producción artística, así como por el uso de un lenguaje sin rebuscamientos, accesible.

Desde edad temprana Pacheco comenzó su acercamiento a la literatura leyendo a autores como Julio Verne, Rubén Darío, Oscar Wilde, Manuel Payno, Amado Nervo, Jorge Luis Borges y Alfonso Reyes.

Su verdadero aprendizaje empezó en la casa paterna, a la que solía llegar un grupo de escritores que el niño José Emilio escuchaba, y siguió escuchando.

Comenzó a escribir en la adolescencia, época en la que publicaba en revistas estudiantiles y periódicos como Proa (de la Escuela Preparatoria, Centro Universitario, México, 1955), Diario de Yucatán, Diario del Sureste (ambos de Mérida, 1956-1958); las estudiantiles Índice (1957) y Letras Nuevas, la primera la Facultad de Derecho y la segunda de la de Filosofía y Letras de la UNAM.

Pacheco participó en diversas revistas y suplementos culturales, como México en la Cultura, Siempre!, Diálogos, Revista Mexicana de Literatura, Diorama de la Cultura, Ramas Nuevas, suplemento de Estaciones, donde trabajó con Monsiváis.

Su consolidación como escritor se plasmó en sus publicaciones en La Cultura en México, de Fernando Benítez, "su guía, amigo y maestro". Fue profesor en Estados Unidos, Canadá e Inglaterra, investigador en el Departamento de Estudios Históricos del INAH, y miembro del Colegio Nacional desde el 10 de julio de 1986.

Joana Bonet

FloreCIMIENTOS

Vivimos instalados en la queja y pocas veces nos permitimos enfrirla, dejarla en observación. La crisis ha sido una buena coartada para el lamento, y convencidos de que una buena noticia es una mala noticia, enumeramos apogones de todo tipo, erigiéndonos en protestones, moralistas y justicieros. El cinismo, siempre insatisfecho, permite el relumbro, ampuloso como un modelo de alta costura; y bien que ameniza el guión del mundo.

Acaba de salir el nuevo libro de Steven Pinker, una mente brillante, autor de una obra colosal entre la ciencia y la filosofía, alimentada en las aulas transparentes de Harvard. "En defensa de la Ilustración (Paidós) gira entorno al progreso, y el optimismo arranca en la propia portada: una quinta tinta fucsia fosforito que positiviza el nombre autor y su cruzada. "El mejor libro que he leído nunca" ha afirmado de él otro optimista alumbrado, Bill Gates, porque en la demostración documentada y precisa de Pinker de que el mundo es mucho más

libre, igualitario, seguro, pacífico y consciente que nunca, anida el histórico florecimiento de la humanidad que, guiada por la razón, ha conseguido prosperar, vivir muchos más años, sufrir menos o expandir los límites del conocimiento. "Estamos hechos de madera torcida, somos vulnerables a las ilusiones, al ego-centrismo y, a veces, a una estupidez pasmosa", asegura el autor, que, por contraposición, celebra nuestra capacidad de combinar ideas, tener nuevos pensamientos sobre los anteriores y seguir profundizando gracias a la capacidad y la compasión: "es decir, piedad, imaginación y conmiseración". La compasión en boca de un científico social como Pinker se me antoja un silbato ante la universal incontinencia de mala baba, de una crítica que solo se escucha a sí misma para medir su nivel de escucha.

En verdad, el optimismo ha tenido siempre escaso prestigio para ciertos intelectuales endiosados que siguen paladeando la nostalgia de un pasado barnizado de encanto. Es la voz de un superyó



encantado de anunciar lo peor: un desastre, menudo disparate, no sé a dónde vamos a llegar... Hay cierta delicia en remover la cucharilla oscurantista, una complacencia de aquel que es el primero en anunciar una mala noticia, o en alamar, que también es una forma de poder, la de travestir el ánimo del otro. Pero, ¿y todo lo bueno que disfrutamos? Extraigo otra reprimenda de Pinker, que no se

reconoce optimista sino "un posibilista serio": "recuerda tus conocimientos de matemáticas: una anécdota no es una tendencia. Recuerda tus conocimientos de historia: el hecho de que algo sea malo hoy no significa que fuese mejor en el pasado...". Los jinetes del apocalipsis cabalgan sobre las flores, que, pese a todo, siguen brotando con vigor al sol del progreso.

ad pēdem literae

"La paz más desventajosa es mejor que la guerra más justa."

Erasmus de Rotterdam

Letras de buen humor

"Una buena gran parte del arte del bien hablar consiste en saber mentir con gracia."

Erasmus de Rotterdam